

¿Es posible ser varón en la vejez?

Prof. Dr. Ricardo Iacub

2017

Resumen:

El objetivo de este artículo es cuestionar en qué medida las narrativas actuales de género que modelan la identidad masculina habilitan seguir sintiéndose varón durante el envejecimiento. Para ello se analizarán tres dimensiones que constituyen valores de la masculinidad como el trabajo, la fragilidad física y la potencia sexual. Los estudios disponibles muestran la difícil posición de los varones para enfrentar las demandas de género en la vejez; ciertas estrategias que posibilitan su continuidad y adaptaciones que pueden ser necesarias a nivel de los valores de género. Cada una de estas posiciones incidirá en cambios identitarios con fuertes repercusiones emocionales.

Introducción:

La cuestión de la masculinidad en la vejez ha sido poco analizada y sus estudios son relativamente recientes. Las actuales investigaciones advierten niveles de malestar relativos a las exigentes demandas acerca de este rol de género y ciertos puntos de contradicción con los cambios que imprime el envejecimiento.

Los relatos contruidos socialmente sobre el género o la edad funcionan como mecanismos que permiten guiar y dar significado a la vida, lo que de otra manera resultaría demasiado ambiguo y por ello generaría niveles de malestar e inseguridad (Iacub, 2006). Sin embargo cuando las demandas se vuelven demasiado exigentes esto genera un malestar creciente ya que se produce una compleja relación con el sí mismo, en tanto el sujeto siente que no puede alcanzar con los ideales alcanzados, lo que genera una pérdida de legitimación y valor y subsecuentes efectos emocionales de tristeza o depresión.

De esta manera es importante destacar como la sociedad construye el ser varón o el ser viejo generando espacios de posibilidad y prestigio, cómo en el lugar del “sabio”, pero también como ciertos relatos sobre la masculinidad excluyen la vejez, cuando las demandas de fuerza o potencia no admiten ciertos límites. Esto lleva a que los sujetos puedan incluirse, excluirse, empoderarse o desempoderarse ante dichos espacios simbólicos (Iacub, 2015).

El objetivo de este artículo es presentar el malestar que generan las exigentes demandas que plantean los ideales hegemónicos masculinos en los varones adultos mayores, focalizando la importancia del trabajo, la fortaleza física y el erotismo en dichos relatos.

La edad y el género son dimensiones de gran valor en la construcción de la identidad del ser humano, razón por la cual el estudio de los relatos producidos sobre ambas categorías resulta de gran valor para entender la conformación de sentimientos, malestares, proyectos y actitudes del varón viejo.

Frente a los cambios biológicos, psicológicos y sociales del envejecimiento la cultura puede generar lazos narrativos (Iacub, 2011) que faciliten organizar renovadas formas de masculinidad en la vejez. Dichos lazos deberían dotar de orientación y valor ante las demandas culturales sobre la masculinidad en la vejez.

Para conocer la articulación de las narraciones sobre la masculinidad en la vejez, sus demandas específicas y los modos singulares en los que se produce en cada varón viejo, utilizaré la perspectiva de la gerontología narrativa y de la teoría de los guiones (Schantz y Abelson, 1977; Gagnon y Simon, 1973).

Las narrativas y los guiones:

El narrativismo entiende a la realidad como una construcción basada en relatos, lo cual determina que haya un importante margen de subjetividad, relativismo y creación. Las narrativas son un portal a través del cual las personas entran en el mundo, juegan un rol formativo, ayudan a guiar las acciones y son recursos psico-socio culturales compartidos que constituyen y construyen realidades humanas (Spector Mersel, 2006). Las identidades culturales, familiares, grupales o individuales son exponentes de la incidencia de los relatos en la construcción de subjetividades.

Los escenarios son espacios de representación en donde se configuran prácticas sociales organizadas al modo de proyectos ofrecidos. A diferencia de los guiones fijos y relativamente inmóviles de las representaciones artísticas, estos encuentran múltiples relatos desde donde establecerse, con contradicciones en los significados o luchas de fuerza por lograr el sentido, lo que genera una dinámica más rica y diversa, aunque no por ello sin algunas figuras del relato con relativa estabilidad. En estos espacios hombres y mujeres de diversas edades asumen roles en las relaciones de género y edad, se comprometen en prácticas, y son afectados por dichos proyectos, tanto a nivel corporal, psicológico y social (Connell, 1995; Iacub, 2011, 2014, 2015, 2016).

Los relatos sobre la edad y el género organizan escenarios sociales e identidades, entramados según jerarquías de poder, que atribuyen creencias, rasgos de personalidad, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian a los sujetos (Burin y Meler, 2000).

En este sentido Judith Butler (2003) considera que las identidades son ficciones, no porque no sean reales, sino porque son relatos constituidos sobre referentes o ideales regulatorios del sí mismo y que, a su vez, desde dichos relatos se construyen escenarios de vida. Dichos escenarios permiten saber qué significa ser varón o tener cierta edad, por ello ante tales cuestionamientos, es necesario basarse en relatos, en proyectos o prácticas sociales que dicen y convalidan identidades ya constituidas. Es decir, si no se da con la figura esperada de varón, hasta qué punto es posible creerlo y ser creído (Iacub, 2016).

Este tipo de cuestiones inciden y constituyen identidades y es allí donde la coherencia entre el dato indicativo, que incluye a un sujeto en un grupo determinado, y el cuerpo y la identidad efectiva tienen que tener ciertos niveles de correspondencia. Cuando se la pierde, el sujeto deja de saber quién es, y aún más, carece de legitimidad ya que dejará de ser reconocido por los otros (Dos Santos y Coelho, 2013) y por la propia expectativa que el sujeto supone de los otros. Es decir que el otro puede no reconocer en ese señor mayor a un hombre, con las insignias de una masculinidad adulta, y este factor tiene un alto nivel de incidencia, ya que parte de la legitimidad de la masculinidad se juega en el ámbito del reconocimiento público (Gilligan, 1990; Iacub, 2015).

La masculinidad y la vejez:

Lo novedoso de tomar por objeto la masculinidad es que, como la adultez, eran menos estudiados, ya que funcionaba como referente general a partir de lo cual se diferencian y constituyen los otros grupos. Este nivel de hegemonía y supuesto poder llevó a que se ignore la experiencia de los varones viejos, ocultando el análisis de lo masculino en la vejez y de la vejez en lo masculino.

La masculinidad puede definirse como una construcción social acerca de lo que significa ser varón en determinado tiempo y lugar (Connell, 1987), lo que implica que sus características son fluidas y sensibles a los cambios históricos y culturales (Coles, 2009).

Connell (1995) propone que la masculinidad no sea definida como un objeto, lo que implicaría sortear definiciones de tipo esencialistas, que lo supongan un rasgo natural; ni como un tipo de personalidad con conductas esperables; ni siquiera como una norma, ya que supone una referencia poco explicativa de las diversas maneras de encarar la masculinidad. Por lo contrario, propone el análisis de los factores y tipos de relaciones por medio de los cuales las personas dotan a sus vidas de representaciones de género. De esta manera la masculinidad resulta de las posiciones que se adopten en las relaciones de

género, de las prácticas que comprometen con esa posición de género, y de los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura.

Badinter decía que “Ser varón cuesta caro” (1990) poniendo en evidencia la cantidad de esfuerzos y demandas que implica la posición masculina. En su revisión antropológica describe los ritos de iniciación dando cuenta del nivel de violencia que acarrea salir del lugar de protección materna para pasar a ser un varón. Connell (1995) señala que pocos pueden estar a la altura de la versión hegemónica de la masculinidad lo que lleva a que se convierta en una demanda que acarrea un alto costo subjetivo y limita seriamente a un sujeto, aún cuando también le brinde prestigio (Messner, 1990).

La masculinidad hegemónica se asocia con rasgos de competitividad; poder físico, sexual y económico; desapego emocional; coraje y dominación, capacidad de protección y autonomía. Modelos que se refuerzan de una manera relativamente constante a lo largo de la adultez (Rubinstein, 1986; Solomon, 1982) y que presentan serias dificultades a la hora de pensar el envejecimiento masculino.

Spector-Mersel (2006) sostiene que en la actualidad el ideal occidental de la masculinidad pareciera terminar con la mediana edad ya que en la vejez dichas expectativas resultan más difícilmente alcanzables así como no existen valores diferenciales que les restituyan valor social.

Los hombres mayores quieren ser vigorosos a pesar del declive físico, buscan suprimir emociones incluso luego de pérdidas, y quieren mantener el control y la autoridad a pesar de las menores responsabilidades de liderazgo (Rubinstein, 1986).

Trabajo y masculinidad:

El trabajo es uno de los espacios donde la masculinidad se pone en juego y por ello la jubilación puede ser vista como la pérdida de un recurso que permite alcanzar metas atribuidas a lo masculino y de parámetros para orientarse en la realidad.

El trabajo, así como tempranamente el deporte, respalda un sentido de masculinidad porque crea múltiples oportunidades para que un hombre se vea poderoso, seguro de sí mismo, competente y cumplir “el sueño del pibe” (Iacub, 2015).

La mayoría de los hombres se identifican antes que nada con su trabajo y depositan una gran inversión emocional en el mismo. Usan su rol laboral para negociar identidades de familia, amigos, ocio y comunidad, por ello, como señala Connell (1995), en el trabajo se realiza su “proyecto de género”.

En este sentido, jubilarse implica perder el escenario principal de logros, competencia agresiva, búsqueda de estatus y poder, confianza en sí mismos, oportunidades de sentirse independientes y capaces en un escenario de riesgo y realización (Filene, 1981; Willing, 1989) e ingresos monetarios.

El más estricto sistema de metas y recompensas que conforma una organización laboral promueve que la percepción de eficacia, y lo que esta promueve de buena imagen y autoestima, resulten más evidentes en este espacio que en otros, como en lo familiar (Iacub, 2015b).

Los hombres suelen percibir la jubilación como el ingreso al territorio femenino de la familia y el hogar (Willing, 1989), y la pérdida del propio, pudiendo dudar sobre la conducta masculina apropiada. Temen ser criticados por sus esposas una vez que sean observados más de cerca, y se ven a sí mismos “ayudando” a sus esposas en esas tareas domésticas (Vinick & Ekerdt, 1992).

Otra de las referencias que suelen emerger es la desubicación ante los nuevos escenarios post jubilatorios, lo cual deviene de la pérdida de blasones identitarios y de la función orientadora del relato (ser un trabajador) que lleva a que el sujeto no sepa hacia adónde conducirse ni de qué manera. En este sentido el trabajo imbuye al sujeto en un universo masculino que organiza los niveles de incertidumbre propios de todo sujeto, así como favorece un mejor autoconcepto. McMullin y Cairney (2004) señalan que la pérdida de autoestima en los varones viejos no es fruto de la pérdida de un rol sino del poder que alcanzaron con dicho rol y del control que éste les permitía.

Ante esta vivencia resulta más habitual que los hombres no aprecien ni concurran a espacios para adultos mayores a los que en general no les otorgan valor o no sienten que sean para ellos, salvo que haya un espacio de poder, tal como ser presidente del grupo. Por otro lado encontramos que las tareas que sienten más afines suelen corresponderse como hacer trámites, llevar en el auto a otros, arreglar, etc., lo que encuentran más parecido a lo que siempre realizaron y contiene roles “supuestamente” de género.

La fragilidad y la humillación:

La dificultad de dar sentido a la propia vida ante una serie de cambios que alejan al sujeto de ideales masculinos hegemónicos tan potentes como la fortaleza, la capacidad de recuperación física y mental (Bennet, 2007), independencia, eficacia, control afectivo y seguridad llevan a los varones viejos a vivencias de humillación y vergüenza de sí que

pueden manifestarse en conductas dilatorias frente a la enfermedad y una mayor tendencia al suicidio.

“La conducta masculina tradicional” explica los retrasos o evitaciones en los hombres que requieren asistencia en salud (Galdas, Cheater y Marshall, 2005). Las explicaciones referidas aluden a la dificultad de exponerse frágiles, confiados y dependientes del otro, sacrificando de esta manera su potencia y control de la situación.

El modo de recuperar un control imaginario de su masculinidad tiene un costo considerable para la salud, ya que la atención se realiza cuando el dolor o malestar se agrava (Davidson, 2003; Davidson & Arber, 2004).

Entre las referencias habituales de los varones ante la visita al médico, se encuentran: las largas esperas, recibir indicaciones y someterse a procedimientos médicos (Tannebaum y Franck, 2010). Aceptar el veredicto de un diagnóstico genera una sensación de impotencia frente a la intervención y capacidad del otro, a la exposición de fragilidad y la pérdida de autonomía y valor personal.

Si la habilidad para mantener la autonomía personal en la mediana y tercera edad es un indicador de envejecimiento exitoso en la cultura occidental (Smith, Braunack-Mayer, Wittert, & Warin, 2007), el impacto de la dependencia en los varones viejos resulta más denigrante ya que ésta impacta negativamente en las representaciones de la masculinidad lo que implica una importante repercusión sobre su identidad personal. Por esta razón, Smith et al. (2007) aconseja que los practicantes de los cuidados de la salud tengan en cuenta esta dimensión.

En las historias de la propia enfermedad o “patografías” (Hawkings 1993) de escritores varones viejos se destaca que aún con buenas condiciones económicas, apoyo afectivo, y buenas relaciones con médicos influyentes, todos padecieron someterse a la atención médica y recurrieron a múltiples recursos internos para mantener un sentido de individualidad, amor propio y dignidad (Disch, 1998). Incluso en un aumento de los casos de suicidio.

La situación a nivel internacional actual acerca del suicidio muestra una alta proporción de adultos mayores, con un incremento progresivo según avanza la edad, y dentro de estos se destaca particularmente la proporción de varones con respecto a mujeres.

El Perfil Epidemiológico del Suicidio en Argentina (2011) muestra que el grupo de 80 años y más registró la tasa más elevada (tasa: 6,18 x 100.000 hab.) de suicidios, observándose una significativa diferencia de género ya que a medida que los varones envejecen, aumenta en éstos la mortalidad por suicidio.

En EUA los suicidios de las mujeres disminuyen después de los 60 años, pero la tasa entre los hombres sigue subiendo. El 84.0% de los suicidios de adultos mayores fueron cometidos por varones y fue 5.25 veces mayores que entre las mujeres de la misma edad. Los hombres blancos de edad tienen la tasa más alta: 29 por cada 100.000 habitantes sobre todo, y más de 47 por 100.000 en mayores de 85 años (NYT, 2010)

Según el Centers for Disease Control and Prevention de EEUU, una de las principales causas de suicidio es la depresión, a menudo, sin diagnóstico ni tratamiento aunque los motivos más acusados son: la muerte reciente de un ser querido; la enfermedad física; el dolor incontrolable o el temor de una enfermedad prolongada, la percepción de mala salud, el aislamiento social y soledad y los cambios importantes en los roles sociales tales como la jubilación. Estos resultados resultan semejantes en diversos países desarrollados y en vías de desarrollo.

De la potencia a la inhibición erótica

Las investigaciones referidas sobre el erotismo masculino dan cuenta de la incidencia de los relatos sobre la masculinidad, la erótica de una época, sus modos de goce previos y la situación actual (Iacub, 2006, 2015, 2016).

Los discursos hegemónicos sobre la masculinidad presentan como características del varón la fuerza, la capacidad física, la productividad, las ansias de éxito, la competencia con otros hombres (Siever, 1994), así como el dominio y control de lo que se considera su territorio, pudiendo generar altos niveles de agresividad en su desempeño. Estos significados atribuidos se reflejarían a nivel sexual en una búsqueda que no siempre se compadece con los cambiantes recursos del varón a lo largo de su vida.

Los escenarios culturales prevaletentes estimulan a los hombres, desde sus primeras prácticas eróticas, a ver su sexualidad como un medio para reafirmar su identidad de rol masculino y su maduración hacia la adultez (Gross, 1978).

La erección es una preocupación de toda la vida que puede acentuarse en la vejez por los factores que disminuyen esta capacidad o la enlentecen. De esta manera, el conjunto de los cambios esperables en el funcionamiento genital pueden ser comprendidos como agravantes a nivel de la identidad masculina. Los varones mayores buscan evitar cualquier fallo, incluso a costa de abandonar la sexualidad, ya que cada relación sexual podría representar un proceso auto-afirmante que le permita retener el sentido masculino del yo. Por esta razón el declive relacionado con la edad es considerado un proceso de desmasculinización (Huyck, 1977).

Toda esta expectativa de alta performance, temor por el desempeño y el centrarse en la genitalidad, en detrimento del erotismo, se tornaría en una exigencia de tales proporciones que, en determinados momentos, podría contribuir a la ansiedad por el desempeño obtenido (Marsiglio, 1988) y en inhibición de la capacidad eréctil.

Esta tensión sexual aumenta con parejas recientes o con menor confianza y cuando las creencias sobre sí mismos, en cuanto adultos mayores, son más negativas.

Tiefer (1986) señala que el uso del término: “impotencia” refleja un momento significativo en la construcción social de la sexualidad masculina ya que da cuenta del demandante guión sexual masculino. Esto deriva en que los trastornos eréctiles episódicos lleven a la auto-recriminación y a un ciclo de “espectador”, por el cual los hombres se miran a sí mismos en su desempeño y consecuentemente les resulta más difícil obtener y mantener una erección (Williams, 1987).

Las consecuencias de estos cambios van desde la inhibición de la sexualidad, la pérdida de control para conocer sus actuales recursos, los síntomas de ansiedad o depresión frente a una situación que se vive como altamente demandante.

Conclusión:

El análisis que se desprende de la investigación bibliográfica sobre las temáticas consideradas, muestra la posible disrupción entre los relatos hegemónicos sobre la masculinidad y su posibilidad de continuidad en la vejez. La dificultad de sostener una representación de sí que contenga dichos valores masculinos da como resultado una serie de padecimientos subjetivos.

En las temáticas mencionadas hallamos fenómenos emblemáticos asociados a la potencia masculina, tales como la pérdida de poder y reconocimiento social, la falta de un rol laboral, la fragilidad física y los cambios sexuales. Su amenguamiento o carencia y su exposición social aparecen como los causantes de dichos malestares, que van desde la disociación frente a un cuerpo más débil y menos potente, los sentimientos de vergüenza o humillación y con el efecto más dramático, en la mayor tasa de suicidios que se registra en los varones viejos.

El proyecto de género en la vejez encuentra menos recursos en el varón que en la mujer. De esta manera se produce una carencia de sentidos que den paso a un proyecto personal por fuera de los ideales masculinos que, como Spector Mersel (2006) señala, alcanzan hasta la mediana edad.

Bibliografía:

- Addis, M. E., & Mahalik, J. R. (2003). Men, masculinity, and the contexts of help seeking. *American Psychologist*, 58, 5-14.
- Bennett, K. M. (2007). "No sissy stuff": Towards a theory of masculinity and emotional expression in older widowed men. *Journal of Ageing Studies*, 21, 347-356.
- Coles, T. (2009). Negotiating the field of masculinity: the production and reproduction of multiple dominant masculinities. *Men and Masculinities*, 12, 30-44. doi:10.1177/1097184X07309502
- Connell, R. W. (1987). *Gender and power: Society, the person and sexual politics*. Palo Alto, CA: Stanford University Press.
- Connell, R. W. (1993). The big picture: Masculinities in recent world history. *Theory and Society*, 22, 597-623.
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. Sydney, Australia: Allen & Unwin.
- Connell, R. W. y Messerschmidt, J. W. (2005). Hegemonic masculinity: Rethinking the concept. *Gender & Society*, 19, 829-859.
- Davidson, K. (2003). Older men's health: A life course issue? *Men's Health Journal*, 2, 63-66.
- Davidson, K., & Arber, S. (2004). *Older men: Their health behaviors and partnership status*. In A. Walker & C. Hagan Hennessey (Eds.), *Growing older: Quality of life in old age* (pp. 127-148). Maidenhead, England: Open University Press/ McGraw-Hill Education.
- Donaldson, M. (1993). What is hegemonic masculinity? *Theory and Society*, 22, 643-657.
- Galdas, P. M., Cheater, F., & Marshall, P. (2005). Men and health help-seeking behaviour: Literature review. *Journal of Advanced Nursing*, 49, 616-623.
- Gagnon, J., y W. Simon, *Sexual Conduct: The Social Sources of Human Sexuality*. Aldine, 1973.
- Gilmore, DD. 1990. *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven: Yale University Press.
- Iacub, R. (2011) *Identidad y Envejecimiento*. Buenos Aires: Paidós.
- Iacub, R. (2006) *Erótica y Vejez. Perspectivas de Occidente*. Buenos Aires: Paidós.
- Iacub, R. (2014) Masculinidades en la vejez en Una sombra ya pronto serás, *Voces en el Fenix Año 5 N° 36*, (pp. 38-47) Julio 2014.
- Iacub, Ricardo (2015) Conferencia: Masculinidad y vejez, pág. 92- 101, en Mónica Roqué editora *Seminario internacional sobre género y diversidad sexual en la vejez*. ISBN 978-987-42-2309-8 pág. 228.

- Iacub, Ricardo (2016) Masculinidades en la vejez (pp. 356- 365) en Iacub, Ricardo Compilador. *Larna Argentina 2014: Seminario Diversidad cultural y envejecimiento: la familia y la comunidad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libro digital, PDF.
- Messner, M. A. (1990). When bodies are weapons: Masculinity and violence in sport. *International Review for the Sociology of Sport*, 25, 203-220. doi:10.1177/101269029002500303
- Messner, M. A. (1998). The limits of “The Male Sex Role”: An analysis of the men’s liberation and men’s rights movements’ discourse. *Gender & Society*, 12, 255-276.
- National Center for Injury Prevention and Control (NCIPC) website (<http://www.cdc.gov/ncipc/wisqars/default.html>) operated by the Centers for Disease Control and Prevention (CDC).
- Schank, R.C. y Abelson, R. (1977). *Scripts, Plans, Goals, and Understanding*. Hillsdale , NJ: Earlbaum Assoc.
- Smith, J. A., Braunack-Mayer, A., Wittert, G., & Warin, M. (2007). “I’ve been independent for so damn long!” Independence, masculinity and aging in a help seeking context. *Journal of Ageing Studies*, 21, 325-335.
- Spector-Mersel, G. (2006). Never-aging stories: Western hegemonic masculinity scripts. *Journal of Gender Studies*, 15, 67-82.
- Tannenbaum, Cara y Frank, Blye. Masculinity and Health in Late Life Men. *American Journal of Men’s Health XX(X) 1–12 2010*.
- Thompson, E. H., Jr. (2008). Gender matters: Aging men’s health. *Generations: Journal of the American Society on Aging*, 31(1), 5-8.